

## Miguel Patricio Aylwin

Hijo

Sra. Presidenta de la República,

Sr. Cardenal,

Autoridades y representantes del cuerpo diplomático y delegaciones extranjeras aquí presentes,

Querida madre,

Querido padre,

Señoras y señores.

En nombre de nuestra familia queremos agradecer a todas las personas que, a lo largo de estos días, han concurrido a expresar sus condolencias y sus respetos por el fallecimiento de nuestro padre. Agradecemos a las autoridades y personas que han organizado y facilitado sus honras fúnebres, y a la Iglesia que nos acoge en esta eucaristía. Agradecemos también a todas las personas que nos han acompañado en nuestro hogar, durante muchos años: a la Meche, nuestra mamá, la Carmen, la Ana, que partieron hace muchos años; a Susana, a Flor, a Margarita y Eliana; a Gustavo; a los Carabineros que se ocuparon de su seguridad y los miembros de su escolta; a Orieta, su secretaria. Todos ellos lo trataron con tanta dedicación y amor. A la Sra. Norma, la Sra. Magda y la Sra. Eliana (la chiquitita), que lo cuidaron en sus últimos momentos; y a Toño, que lo ha acompañado y tratado como a un padre. A todos ellos muchas gracias.

Estamos muy impresionados por toda la gente, especialmente aquellos que con mucho sacrificio viajaron desde distintas ciudades del país, y comunas de Santiago, que no son autoridades sino que solo ciudadanos, que son parte del pueblo de Chile, que han venido a expresarnos, no tan solo sus condolencias, sino que su agradecimiento por lo que significó para ellos nuestro padre, y que en estos tres días de honras fúnebres, han venido a despedirlo, haciendo largas esperas para rendirle su homenaje personal. Nos decían: “se fue un grande”, “nos restituyó la libertad y la democracia”, “gracias por compartir su padre con nosotros”, “un gran presidente”, “Chile le debe mucho”, “ojalá que la política se vuelva a hacer como la hacía su padre, con honestidad, austeridad y compromiso”...

También queremos agradecer las muestras de respeto y admiración, que han expresado los dirigentes sociales y políticos, quienes sin ser de su misma línea de pensamiento, han resaltado los valores y principios que él encarnó, y su contribución para hacer de Chile un país más democrático, con más justicia y con mejores condiciones de vida para sus habitantes.

Parece que su deceso ha creado una especie de paréntesis en nuestro país, en que hemos hecho un alto en los afanes de la agitada contingencia, para meditar y

recordar principios fundamentales de la actividad política, cuyo único sentido es el bien común de los chilenos, y no el cálculo mezquino de corto plazo, las ansias de poder, ni menos el provecho personal a costa de las necesidades más urgentes de nuestros compatriotas.

Escuchemos lo que nos dice la gente, acerquémonos a sus anhelos y demandas. Honestidad, sencillez, austeridad, compromiso por el bien común, transparencia y equidad.

Nuestro padre tuvo una vida plena. Alcanzó una edad que pocos alcanzan. Tuvo una vejez linda, acompañado de nuestra madre Leonor, sus hijos, nietos, bisnietos, nueras y yernos. Fue un hombre de familia, quien, no obstante dedicarse con pasión a los quehaceres, que lo llenaban de actividades, siempre estuvo, no solo presente entre nosotros, sino que muy cercano.

Amaba y admiraba a nuestra madre, quien con su sabiduría, sencillez y fortaleza (demostrada en estos días), supo caminar a su lado durante 67 años. Hasta sus últimos días mi padre le expresó, con una infinita ternura, su amor por ella. "Lo más lindo que me ha pasado en la vida es Leonor".

Nos sentimos muy afortunados de haber sido testigos de este ejemplar matrimonio.

Era tanto lo que se amaban que ninguno de los dos quería partir antes que el otro. "¡Qué va a ser de Leonor si me muerdo antes que ella!", decía nuestro padre. Lo mismo decía nuestra madre: "¡que va a ser de Patricio si me muerdo antes que él!".

Fue un hombre de iglesia. Católico practicante de misa y comunión dominical. Abrazó los ideales del cristianismo, comprometiéndose a partir de su fe en la sociedad que le tocó vivir. De allí se nutrió para preocuparse del prójimo, especialmente de los más pobres y desposeídos, iniciando desde muy joven una vocación de servicio que se transformó en una dedicación a la actividad política. Junto a otros jóvenes, se incorporó a la Falange Nacional y luego contribuyó a la formación de la Democracia Cristiana, y dedicó su vida a tratar de transformar la sociedad y convertirla en una sociedad más justa y buena.

Tenía profundas convicciones democráticas. Sabía escuchar. Era tolerante. Aprendió desde niño que es posible construir el bien común a partir de diferentes visiones. Su padre, nuestro abuelo Miguel, era masón. Su madre, nuestra abuela Laura, era católica. No obstante esas diferencias, pudieron construir una familia notable. Eso lo marcó profundamente y constituyó una de sus convicciones más profundas, que le permitió, junto a muchos otros dirigentes, participar activamente en la formación de la Concertación de Partidos por la Democracia, una coalición política de amplio espectro, que derrotó a la dictadura en el plebiscito de 1988 y permitió la transición a la democracia.

"Es más lo que nos une que lo que nos divide", decía al referirse a los partidos aliados.

Creía que el diálogo era un instrumento para lograr acuerdos y que los acuerdos no tan solo permitían avanzar en la consecución del bien común, sino también, que los artífices de los acuerdos se sintieran parte de los resultados.

Defendía con pasión sus ideas, pero al mismo tiempo respetaba las ideas de los demás, y su derecho a expresarlas.

Siempre pensó que la política era el arte de lo posible; “hacer lo que se puede de lo que se quiere”, decía, lo que permitía acercarse paulatinamente a lo que se quiere, lo que es mejor que no avanzar.

Nuestro padre usaba la palabra patria y compatriotas. Patria es mucho más que país, es la tierra de los padres, de los antepasados. Compatriotas es mucho más que ciudadanos: tiene una noción de hermandad (hijos provenientes de una raíz común). Esas palabras revelan su identidad más profunda: un hombre que amó a su patria y a sus compatriotas. Que se sintió parte de una historia y responsable de un presente y de un porvenir compartido por todos los chilenos y chilenas. “Chile es uno solo”, dijo en el Estadio Nacional cuando iniciaba su mandato presidencial, indicando que en nuestra patria todos tenemos un lugar que nos une, y que nos pertenece.

Entendió que su tarea como Presidente iba más allá de restaurar la democracia y de crecer con equidad. Su vocación principal fue contribuir a restablecer la unidad nacional, la confianza entre los “compatriotas”, después de tantos años de división, odios, celos y violencia con su secuela de dolor y sufrimiento.

“Generar un clima de respeto y confianza en la convivencia entre los chilenos, cualesquiera que sean sus creencias, ideas, actividades o condición social”. “Continuar la tarea de tantos que a lo largo de nuestra historia dieron su vida por un Chile libre, justo y democrático. Una nación de hermanos”. “La Patria justa y buena para todos los chilenos”. Ese es su principal legado.

Era exigente consigo mismo. Le gustaba hacer bien las cosas, mateo diría yo. No en vano su memoria universitaria sobre el juicio arbitral, escrita por él cuando tenía 25 años (más de setenta años atrás), sigue siendo el libro más completo sobre la materia, que ha tenido 7 ediciones, siendo de consulta obligada para juristas y abogados.

Tenía un tremendo sentido del deber. Se sintió parte de una generación fracasada que, aunque llena de ideales para construir un Chile mejor y más justo, no fue capaz de evitar el colapso de la democracia y las dramáticas consecuencias que todos conocemos.

Sin embargo no claudicó. Siguió luchando porfiadamente por sus ideas, buscando en conjunto con los demócratas de Chile el restablecimiento de la democracia y las libertades públicas, la verdad, la justicia y la reconciliación de los chilenos.

Siempre se sentía al debe. Era frecuente, aún en sus últimos días, oírlo decir con cierta amargura, que sentía “que no estaba haciendo lo que debía”. Por Dios, ¡que más! le decíamos nosotros.

Le gustaba la vida al aire libre, nadar, caminar, era un gran caminante. Vibraba con la música de Beethoven. Leía y recitaba poemas de memoria... “Margarita está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar”... de Rubén Darío, que dedicaba a nuestras hermanas Mariana e Isabel Margarita y a sus nietas ...; “Yo

soy compañera el errante poeta que canta la fiesta del mundo..., celebro en mi canto la casa del hombre y su esposa..." de Neruda; y últimamente recitaba repetidamente, "Señor yo te bendigo porque tengo esperanzas," como presintiendo que le llegaba su hora, poema de Amado Nervo, que acaba de recitar nuestra hermana Mariana.

En fin, nuestro padre fue un hombre íntegro, noble y consecuente. Deja un espacio muy difícil de llenar. Sin embargo, a pesar de la pena que nos produce su partida estamos tranquilos, porque, como decíamos al principio, vivió una vida plena, de acuerdo a su fe y a sus ideales.

Amó y fue amado, el sol acarició su faz. Pudo sentir como el poeta "¡Vida, nada me debes, Vida, estamos en paz!".

Padre: como familia, le damos las gracias por su vida ejemplar, y esperamos ser capaces de honrar el testimonio que usted nos trasmitió con su consecuencia, su libertad interior, su sencillez y su pasión. Siempre estará presente entre nosotros. Cuidaremos y acompañaremos a nuestra madre hasta que se vaya a reunir con usted. Descanse en la paz del Señor.

Hermanos Aylwin Oyarzún